

5-27

Madrid, 1

marzo 1917

EL ALBOROQUE DE LA PAZ... AJENA

POR

Miguel de Unamuno



5-27

(^o España

HUBO un tiempo en que se habló en España de la neutralidad neutral o a toda costa y pasara lo que pasase. No sabemos si quedan aún energúmenos o asalariados de Alemania o alemanes disfrazados de españoles para hablar de eso. No sabemos si quedan después que Alemania, con su pretendido bloqueo por submarinos y la forma en que quiere llevarlo, ha declarado de hecho la guerra a todos los neutrales, especialmente a los europeos y muy en especial a España.

Los Estados Unidos, sin declarar la guerra a Alemania —es ésta la que acabará teniendo que declarársela—, han roto la neutralidad e intervienen en la guerra, lo mismo que sigue interviniendo en ella el Japón aunque no tome parte directa, con hombres, en la campaña. Y por ello los Estados Unidos podrán mañana intervenir en la paz y aprovecharse en ella cuanto puedan. Pues no se olvide que sólo intervendrán en la paz los que de un modo o de otro intervengan en la guerra. Y que intervenir en la paz será lo que dé a las naciones europeas dignidad y hasta verdadera independencia.

Mas no faltan aquí gentes entre ingenuas y traviesas que se imaginan que España, merced a una persistente neutralidad neutral y a costa de toda humillación y agravio, ha de intervenir en algún modo en la paz. Entre ellos se cuentan los que, descartada ya la probabilidad de la victoria germánica, o mejor, prusiana —de esa Prusia cuya principal *industria*, según uno de sus economistas áulicos (y el más famoso) es la guerra—, creen, partiendo del dogma *apriorístico* de la invencibilidad de Alemania, que la guerra quedará en tablas. Y en una guerra que hace tablas, se dicen, el neutral, el mediador, puede hacerse oír. Y cobrar el alboroque.

Porque, aunque parezca mentira, hay aquí, en España, hombres públicos, supuestos políticos de altura —de altura por los cargos que han ocupado y no por otra cosa— que no sueñan más que en el alboroque. O acaso en presidir alguna de las sesiones del Congreso de la Paz. Cualquiera diría que no son más que agentes del Fomento del Turismo o corredores de la empresa del Ritz y el Palace. El airoso papel que quieren reservarle a España es el de patrona de una casa de huéspedes internacional, acaso con una corrida de toros, con grandes de ella, de España, como caballeros en plaza, y esto a modo de postre de día que repican gordo.

Claro está que lo digno y lo noble es pensar en que la paz que se firme sea una paz justa, y por justa duradera; una paz civil con pueblos libertados de la barbarie del imperialismo mili-

tarista, y no una paz estratégica con ejércitos oprimidos y opresores; una paz que acabe con el absolutismo monárquico y afirme la democracia constitucional en todo el mundo. Y luego firmese esa paz donde se firmare, aunque sea en el Principado de Mónaco, que ofrecería, sin duda, más alicientes y atractivos que no España a los plenipotenciarios tales como aquí parecen figurárselos esos a que aludimos.

Cuando llegue *la hora del idilio*...

Tenemos que explicarnos, porque esto no es nuestro. Esto de llamar *la hora del idilio* a la de firmar la paz es... ¿De quién ha de ser, sino del Excmo. Sr. D. Eduardo Dato Iradier, ex-presidente del Consejo de Ministros? Se lo dijo a un amigo nuestro, quien merced a la recomendación del camisero de su excelencia, celebró con él una entrevista en San Sebastián, donde le recibió elegantemente ataviado con una pijama y después de haber despedido al manicuro.

Este mismo excelentísimo señor de la hora del idilio, del camisero, del manicuro, de la pijama y de la neutralidad a toda costa y todo trance, hablaba no hace mucho en el Congreso de que no se debe romper la unión moral de España. ¡La unión moral de España! ¿Pero qué entenderá ese grandísimo profesional de la política por unión, por moral y por España?

No, en España no hay hoy unión moral, ¡no puede haberla, no debe haberla! El pueblo español no es un partido político que, como el que parece dirigir ese hombre de la hora del idilio, lo supedita todo, incluso la lealtad a sus principios y sus promesas, a poder turnar en el disfrute del poder delegado. Y no por el pueblo.

No, eso no es unión ni menos es moral. Esa unión es la unión de los rebaños o la de los muertos. ¡Porque en un cementerio sí que hay paz! Sólo que esa paz no es una paz civil, porque no es viva. La paz civil en España, si es que alguna vez se consigue —y el que estas líneas escribe cree, por su cuenta y en virtud de la convicción que tiene respecto a la dialéctica de la historia y de su progreso, que tal conseguimiento sería el estancamiento y la muerte espiritual—, la paz civil en España no puede hacerse sino merced a la guerra civil. Es más aún: puesto que es una manera de esa misma guerra civil, una manera de civilizar aun más esa guerra; de hacerla, en cierto modo, más pacífica. Pero guerra siempre y desunión moral.

Por encima de eso que el hombre de la hora del idilio llama la unión moral de España —mantenida, siquiera aparentemente, a fuerza de deslealtades como la de él y los que le siguen con su jefe de un tiempo, con aquel a



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO S U S A L E S



quien pública y solemnemente ratificaron su ⁵⁻²⁷ confianza cuando aún no dudaban de que otra, más eficaz, le haría —, por encima de eso están la dignidad y la paz. La paz, sí, la verdadera paz, la que sólo se consigue con la guerra. Hay, parece, hombres influyentes en la marcha de nuestra política internacional...

¿Política internacional? No, aquí no hay tal cosa. Aquí domina el anti-internacionalismo, aquí domina el más selvático y cabileño localismo. Todos los españoles parecemos regionalistas, y más que nadie los que más combaten el regionalismo. Todo español, sobre todo si se jacta de neutralista, es separatista; separatista de Europa y hasta del mundo, separatista de España. Esta España que un acerbo humorista llamó «vice-nación» y otro «Estado interino», es una región más. Y aquí es difícil un verdadero nacionalismo, porque no hay internacionalismo. Después que a la caída de Napoleón se celebró un Congreso de las naciones europeas, España, que había peleado contra el imperialismo napoleónico, pero regionalísticamente, separatistamente, no tuvo papel en aquel congreso. ¡Y querrá tenerlo ahora!

Sigan el hombre de la hora del idilio y los que en su mesnada y fuera de ella, como él sienten, preocupándose de esa miserable indignidad que llaman la unión moral de España, y que no es unión, ni es moral, ni es de España, y sigan supeditando la dignidad nacional y el porvenir civil de la patria al empeño entre de vanidad y de pequeña industria de posadero, de cobrar el alboraque de la paz, cuando haga la villa y corte de patrona de casa de huéspedes internacional — si es que llega a hacerlo —, y llegará un día en que este año de 1917, o a lo sumo el de 1918, será tan fatídico para España como lo fué, en otro sentido, el de 1898.

Tenia razón el Sr. Lerroux al decir, muy patrióticamente por cierto, que las cosas irían a dar a donde tienen que ir. No sirve querer resistir a la historia, que es el destino moral, con política de cuarto de tresillo. La hora del idilio puede llegar a ser para los neutrales a toda costa, incluso la de la dignidad, la hora de la tragedia.

MIGUEL DE UNAMUNO

